

(Transcripción)

Roma, 2 de marzo de 1977¹

La Eucaristía

Chiara Lubich para la Radio Vaticana

(...)

Una mezcla de delicada dulzura y sosegada tristeza, una atmósfera de solemnidad invade el alma al sólo recuerdo de lo que sucedió en aquel jueves de hace 20 siglos.

Dios se había hecho hombre. Tenía el poder de hacerlo todo. Pero en la lógica divina del amor entraba que, habiendo dado semejante paso, desde la Trinidad a la vida terrena, no se quedase aquí solamente durante treinta y tres años, aunque fuese con una vida divinamente extraordinaria como la suya; sino que encontrase la forma de quedarse por todos los siglos y sobre todo de estar presente en todos los puntos de la tierra en el momento cúspide de su amor: el de su sacrificio y gloria, muerte y resurrección. Y se quedó. E, ideada por su divina fantasía, inventó la Eucaristía. Es su amor llevado hasta el extremo.

Teresa de Lisieux diría: «¡Oh, Jesús! Déjame que te diga, en un arranque de gratitud, que tu amor raya en locura...».

Lucas describe aquella tarde: «Llegada la hora, Jesús se puso a la mesa con los apóstoles; y les dijo: "¡Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer! Porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios" (...) Después tomó pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: "Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía". Y después de la cena hizo lo mismo con la copa, diciendo: "Esta es la copa de la nueva alianza sellada con mi sangre, que se derrama por vosotros"» (Lc 22,14-20).

Si no hubiese sido Dios, sería difícil explicar cómo pudo Jesús exponer en tan pocas y solemnes palabras realidades tan nuevas, tan imprevisibles, tan profundas, que te extasían, pues ante ellas, si se comprenden un poco, el ser humano no resiste.

Jesús, estás ahí y eres el único que todo lo sabe, el único que es consciente de que tu gesto acaba con siglos de espera, el único que ve las infinitas consecuencias de lo que estás forjando para hacer realidad ese divino proyecto previsto desde siempre por la Trinidad: la Iglesia, que tiene su comienzo en la tierra, y sin embargo penetra en la futura inmensidad del Reino. Si tú no hubieras sido Dios, ¿cómo hubieras podido hablar y actuar así?

Pero algo se trasluce de lo que tu corazón sintió en aquel momento: «Con ansia he deseado...», y hay una inmensa felicidad; «antes de padecer», y es el abrazo del gozo con la cruz y el vínculo del uno con la otra; porque lo que ibas a hacer era tu testamento y un testamento sólo es válido después de la muerte. Tú nos dejabas una herencia inconmensurable: Tú mismo.

La eucaristía -según santo Tomás de Aquino- es el mayor de los milagros de Jesucristo; en efecto, como dice Pedro Julián Eymard: "Los supera a todos por su contenido, y a todos domina por su extensión. Es la encarnación permanente, es el sacrificio perpetuo de Jesús, es la zarza ardiente que llamea siempre en el altar; es el maná, verdadero pan de vida, que desciende cada día del cielo."

Y el Concilio Vaticano II afirma que «en la santísima Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber: Cristo mismo, nuestra Pascua y pan vivo, que por su carne vivificada y que vivifica por el Espíritu Santo, da vida a los hombres»

Jesús celebra su Pascua como un banquete. En todas las casas la hora de la cena es la de mayor

¹ Discorso preparato il 19 febbraio, registrato il 2 marzo, andato in onda sulla Radio Vaticana il 7 aprile.

intimidad, la hora de la fraternidad y con frecuencia la de la amistad y la fiesta. El banquete que Jesús preside se celebra como la Pascua de los judíos y, en cuanto tal, encierra en síntesis toda la historia del pueblo de Israel.

Como un padre de familia, Jesús en sus gestos y en la «plegaria de bendición» repite el rito judaico.

Pero en este banquete existe una diferencia y novedad abismales con respecto a la Pascua hebrea. La cena de Jesús se celebra en el contexto de su pasión y muerte y, en la Eucaristía, Él anticipa simbólica y realmente su sacrificio de redención. Él es el sacerdote y la víctima de ese sacrificio.

Pablo VI se expresaba así el Jueves Santo de 1966: «(...) No podemos olvidar que la Cena (...) era un rito conmemorativo; era el convite pascual que tenía que repetirse cada año para transmitir a las generaciones futuras el recuerdo indeleble de la liberación del pueblo hebreo de la esclavitud de Egipto (...) Y aquella noche, Jesús sustituyó el Antiguo por el Nuevo Testamento, diciendo: "Esta es mi sangre del Nuevo Testamento (...)" (Mt 26,28); a la antigua Pascua histórica y representativa, Él enlaza y reemplaza su Pascua también histórica, definitiva, pero también representativa de otro acontecimiento último, la parusía final (...)» .

Las palabras de Jesús: «No beberé de este producto de la vid hasta el día aquel en que lo beba con vosotros, nuevo, en el Reino de mi Padre» (Mt 26,29), que han sido traducidas por el conocido exegeta Benoit como una "cita en el Paraíso", dan a la Eucaristía el carácter de un banquete que tendrá su plena realización después de nuestra resurrección.

La Eucaristía, sin embargo, ya desde ahora es el sacramento de comunión con el Cristo pascual, con Cristo muerto y resucitado, que ha pasado (Pascua = paso) a una nueva fase de su existencia, la gloriosa a la derecha del Padre. Comulgar con Jesús en la Eucaristía significa participar ya desde esta tierra en su vida gloriosa, en su comunión con el Padre.

S. Juan tiene un modo muy particular de hablar de Jesús Eucaristía. Él relata que Jesús mismo se presenta como "pan de vida", y aclara cómo podrá ser pan de vida: «(...) el pan que yo les voy a dar, es mi carne para la vida del mundo (...)» (Jn 6,51b)

Jesús se ve ya pan. Es ésta, por tanto, la última razón de su vida aquí en la tierra: ser pan para ser comido. Y ser comido para comunicarnos la vida ya desde este mundo. Pero ¿qué es la vida? Lo dijo Jesús: «Yo soy la vida» (Jn 11,25: 14,16). Este pan nos nutre de Él ya desde esta tierra.

Y Jesús dijo también: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré el último día». la Eucaristía da también la vida para el otro mundo.

Pero ¿qué es la resurrección? Lo dijo Jesús: «Yo soy la resurrección» (Jn 11,25). Él es quien inicia en nosotros su vida inmortal, esa vida que no se interrumpe con la muerte. Aunque el cuerpo sea corruptible, la vida, Cristo, permanece en el alma y en el cuerpo como principio de inmortalidad.

La resurrección es un gran misterio para todos aquellos hombres que razonan con categorías humanas. Sin embargo hay un modo de vivir que hace que el misterio resulte menos incomprensible. Si se vive con todo el empeño posible el mandamiento nuevo de Jesús, se experimenta que el amor recíproco conduce a todos los hombres a una unidad fraternal que va más allá del mismo amor humano, natural. Pues bien, este resultado, esta conquista, es la consecuencia de haber puesto en práctica el mandamiento de Jesús. Él sabía que si correspondíamos a sus inmensos dones, ya no seríamos «siervos» o «amigos» suyos, sino «hermanos» suyos y hermanos entre nosotros, porque nos nutrimos de su misma vida; esto es, nos vuelve "consanguíneos y concorpóreos con Él", como dice san Cirilo de Jerusalén.

Ahora bien, construida esta familia del Reino de los Cielos, ¿cómo se puede pensar en una muerte que trunque la obra de un Dios con todas las consecuencias dolorosas que esto comporta? No,. Dios no podía ponernos frente a una absurda separación. Él tenía que darnos una respuesta. Y nos la dio revelándonos la verdad de la resurrección de la carne, que se vuelve así una lógica consecuencia del vivir cristiano. Y nos ofrece la alegría inmensa de saber que un día nos volveremos a encontrar todos con ese

Jesús que de tal manera nos ha unido.

Además, para subrayar el resultado enorme que este pan misterioso produce, esto es, la comunión con Cristo y entre nosotros, quiero recordar lo que escribe san Pablo en su primera carta a los Corintios: «La copa de bendición que bendecimos, ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan» (1 Cor 10,16-17)

«¡Un solo cuerpo!»

Juan Crisóstomo lo comenta de esta manera: «Somos aquel mismo cuerpo. Pues, ¿qué es el pan? El cuerpo de Cristo. ¿En qué se transforman los que lo reciben? En cuerpo de Cristo. No muchos cuerpos, sino un solo cuerpo. Pues así como el pan está hecho de muchas semillas unidas de tal manera que ya no se distinguen (...), así nosotros estamos fuertemente unidos mutuamente y con Cristo» ".

Jesús, tú tienes sobre nosotros un gran designio y lo estás realizando a lo largo de los siglos: hacernos uno contigo para que estemos donde tú estás. Para ti, venido de la Trinidad a la tierra, era voluntad del Padre que volviesses; pero no has querido volver solo, sino con nosotros. Éste es, por tanto, el largo trayecto: de la Trinidad a la Trinidad, pasando por misterios de vida y de muerte, de dolor y de gloria.

¡Menos mal que la Eucaristía es también una «acción de gracias»! Sólo con ella podemos darte gracias debidamente.